

HACIA UNA CENTRAL DE LA CULTURA

★ El conflicto de los artistas plásticos no un — pasado en vano, no sólo para ellos que a lo largo de esta acción han comprendido la necesidad de una organización férrea para defender sus derechos, sino para toda la vida cultural del país. Durante las reuniones de los distintos organismos solidarios, que se celebraron en el subterráneo municipal ocupado, germinó la idea de una Casa de la Cultura que agrupe en forma federativa a todas las asociaciones de artistas e intelectuales del país, con el fin de acrecer fuerza y eficacia en el medio social. La propuesta, de FUTI, obtuvo un inmediato apoyo de músicos, actores, etc., quienes al intercambiar información sobre los problemas privativos de su zona de acción, descubrieron la similitud de dificultades existentes para todos ellos, y, por lo mismo, reconocieron que es toda la cultura nacional la que está pasando por una crisis.

Se trataba de un examen colectivo que pocas veces se intenta. Estaban allí reunidos artistas que probablemente se conocían por sus correspondientes obras, pero que personalmente no se habían puesto en contacto, que debían ser presentados y que, por primera vez, intercambiaban, mano a mano, sus inquietudes. Para todos ellos reconocía la semejanza de sus respectivos problemas, permitiendo dar un paso en ese lento y difícil proceso que lleva a comprobar el paralelismo entre la cultura y la sociedad, y a encontrar la explicación del deterioro que sufre la primera en la crisis generalizada que marca a la sociedad uruguaya de este tiempo.

Del mismo modo, permitía comprender que la necesidad de un acercamiento de los distintos órdenes de la cultura que se estaba produciendo, no respondía a un capricho, sino que nacía de la necesidad cuando no de la desesperación ante el debilitamiento que las organizaciones culturales percibían en su acción, en la misma medida en que se agravaba la crisis socio-cultural del país. Porque si el escritor o el pintor han salido a la calle, en estos últimos años, para poner en el camino del público sus creaciones, si la gente de teatro ha creado una carpa para trasladar a todos los barrios sus espectáculos, no ha sido por súbita inspiración "populista", sino porque percibieron, los primeros, el acortamiento de la vida cultural que se estaba produciendo, dominada por los instrumentos de educación masiva que de ella se han apropiado.

En las radios, los diarios, la televisión, que-

nes manejan hoy día la sensibilidad, los gustos, la ideología, de la enorme mayoría de los uruguayos. Pero ocurre que esos instrumentos no han sido creados para una actividad específicamente educativa o artística, sino que son empresas comerciales, normalmente preocupadas de su lucro económico, quienes organizan sus espacios de acuerdos a sus intereses comerciales y a los intereses ideológicos derivados de los previos comerciales. La impropia tarea educativa de la escuela, el liceo, la Universidad, está siendo constreñida y paralizada por la fabulosa fuerza de estos instrumentos masificados puestos en manos de comerciantes: el "show" vulgar o casi pornográfico, la historieta o la "foto novela", la información distorsionada, la entrega pasiva al peor material cultural del extranjero, la trituration de los sabores nacionales, son también algunos de los aspectos de esta acción poderosa que cumplen en nuestro medio los instrumentos de comunicación de la sociedad de masas.

Frente a esta irrupción todopoderosa, apenas limitada por la reserva educativa e intelectual de la nación, poco, muy poco, han sido capaces de hacer los organismos culturales del poder central, quienes sufren de una verdadera parálisis, atribuible a muchas causas: simplemente se quejan de falta de recursos, están dirigidos frecuentemente por quienes todo lo ignoran y nada les importa de lo que tienen entre manos, se han burocratizado de un modo alarmante, y carecen de comprensión acerca de los nuevos problemas que se plantean a la sociedad. Estos organismos, concebidos —tal como ocurre con nuestro sistema educativo medio— para dar satisfacción a las apetencias de una élite que en muchas ocasiones se confundió con una clase —la alta clase media y la superior—, y que por ende sufrieron luego el proceso de burocratización y politización, se han tornado ineficientes para responder a las necesidades de una dinámica labor de difusión cultural, tal como la impone la sociedad de masas. En los hechos vegetan, dejando el campo libre a los más fuertes, más inescrupulosos organismos de comerciantes, con deseperación de los hombres valiosos que en ellos hay y que se ven imposibilitados de actuar como querrian. Un ciclo de conciertos o representaciones teatrales para medallas plateas de una clase acomodada, una radio que casi nadie oye, una televisión creada con pompa pero sin recursos, salones anuales de artes plásticas donde van a mirar sus obras los mismos

que exponen o sus familiares, todo esto es simplemente la farsa de la cultura. Pudo haber sido eficaz en otra época; ya no lo es, porque funciona dentro de un circuito cerrado, que ha de enrareciéndose cada vez más. No actúa como auténtico fecundante de la sociedad, en particular de aquellas zonas más alejadas de los centros culturales. Pienso en las zonas rurales, en los sectores proletarios, en las barriadas de empobrecidos de clase media; pienso también en las escuelas y liceos del país.

Los movimientos de culturización dinámica que hemos presenciado en los últimos años, no han surgido de estos organismos centrales: las ventas de libros, de cuadros y objetos de arte en las calles del centro, en las barriadas, en el interior; las semanas de difusión cultural organizadas en las capitales departamentales; la heroica tarea de los teatros independientes y de su carpa ambulante. Todo esto ha nacido de organizaciones particulares, de la Universidad. Y ello ha ocurrido porque ha estado en manos de los directamente interesados: los intelectuales, los artistas, las gentes de teatro, conocedores del medio, movidos por una filosofía democrática, dispuestos a una acción dinámica de difusión, ingredientes éstos muy fuertes como para poder compensar la escasez de recursos socio-culturales que distingue a la mayoría de estos movimientos.

En esa misma línea de preocupación educativa se instala el actual proyecto de una casa, central, laboratorio de la cultura. Se trata de un viejo proyecto que, como ya es tradición, quedó siempre en proyecto, y que ahora los directamente interesados tratan de poner en funcionamiento. Crear un centro de trabajo común, donde las gentes de teatro dispongan de salas, los artistas de estudios de trabajo, lugares de exposición y venta, los intelectuales, los músicos, los artistas, de posibilidades de difusión de su tarea. No para retirarse del medio, sino para poder reunirse quienes cultivan distintas disciplinas y coordinar su penetración cultural en el cuerpo social. Esta unión, por lo tanto, responde a una defensa, no sólo de la creación de los artistas e intelectuales, sino sobre todo, a una defensa tenaz de la nacionalidad, de su mejor tradición progresista y democrática. Al consagrarse a esa tarea los hombres de la cultura representan fielmente a su país, a la sociedad uruguaya a la cual interpretan en este difícil momento de su historia.